

ESCRITORES DE CHILE II

JEAN EMAR

ESCRITOS DE ARTE (1923-1925)

Recopilación, Selección e Introducción
Patricio Lizama A.

 DIRECCION
DE BIBLIOTECAS
ARCHIVOS
Y MUSEOS

INSTITUTO NACIONAL DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA

GRUPO “MONTPARNASSE”

Henriette Petit*

CON LA AUTORA DE VEINTITRÉS TELAS DEL GRUPO MONTPARNASSE recuerdo muchas charlas de arte y de viajes. Charlas rápidas, demasiado rápidas. Antes de escribir me era necesario precisar. Precisar —si ello alguna vez es posible— el rumbo definido que se ha fijado un artista. Rumbos definidos en un artista joven... ¿es posible? He creído siempre que no. Sólo una larga y penosa labor, labor de muchos años puede llevar al descubrimiento de una misión artística. La juventud es para buscar; es la época heroica en que puede destruirse un ideal por día sin que por ello el entusiasmo y la fe decaigan. Quien así no lo haga se arriesga a llegar a su plenitud intelectual con un cadáver sobre la espalda.

¡Inquietud, vacilaciones! No concibo un artista sin ellas.

Al precisar las charlas con Henriette Petit en un taller frío de atmósfera escolástica, pero entibiado por algunas flores, por máscaras y faroles chinoscos, recuerdos de la fiesta de la juventud, y que alivian al hacer pensar que aún en la academia puede haber alegría, al precisar esas charlas la artista se limita a decir:

—No sé. Soy inquietud, vacilación, dudas. Hoy con el Grupo Montparnasse. De aquí a un año, tal vez cubista, tal vez académica. Antes de saberlo tengo tantas cosas que borrar y corregir. En fin, no sé y trabajo.

Es verdad. Antes de rozarse con el arte viviente y siempre en marcha, Henriette Petit tenía un ideal, un fin pictórico definido y claro y hacia él marchaba con esa tranquilidad del que se haya seguro de que fuera de ciertos límites reducidos no hay posibilidades para el arte; del que cree que hacer un cuadro con perfección es como hacer una mesa o una silla con perfección. Cuestión de aprender cierto número de claves y saber ponerlas debidamente en práctica.

Llega a París y se halla de pronto frente a todo un mundo que se inquieta, se martiriza, hace y deshace, busca sin reposo, con verdadera fiebre y entonces lo que para ella había sido sólo un presentimiento, se convierte en una realidad, en una certeza. Y viene un alivio moral junto con la convicción de que el camino de las artes es harto, harto más áspero de lo que se acostumbra a creer.

Su primera impresión de París. Impresión sentida en Montparnasse.

—Por lo tanto, me dice Henriette Petit, estoy en un cambio permanente. Los ídolos

de ayer ya no existen. Los de hoy cambian de valor junto con la última pincelada que pongo en mi tela. Esto, a veces, me hace mal, pues es tan dulce poder adorar un dios que no se altere. Pero en el fondo y después de todo, creo que como ahora es cien veces mejor.

Apenas en el andén de la estación piensa encantada en la visita que hará al día siguiente: donde Carriere, donde Puvis de Chavannes, donde Cottet y Besnard. Pero la visita se posterga y mientras tanto se han visto rápidamente otras obras, se han oído otros nombres, se han leído otros juicios sobre artistas. Y cuando al fin va al templo de los maestros admirados de antemano, siente la impresión de hacer una simple visita de cortesía. De cortesía a su pasado de ella. Nada más. Vuelve entonces hacia los "modernos", pero ellos hieren sus ojos con armonías agrias. El desconcierto. El abismo entre los dos modos de concebir la pintura.

Por todas partes oía Henriette Petit un nombre pronunciado con unción por unos, con santa resignación por otros: Cézanne. Tal vez él pueda dar la llave del aparente caos de la pintura de hoy. Cézanne... sí; algo siente ante sus obras, una atracción subyugadora, pero que no se precisa, que cuesta darle el visto bueno de una razón de ser. Entonces busca por otros lados, busca siempre. ¡Hermoso gesto, esto de buscar siempre! ¡Cuántos hay que ante la primera vacilación prefieren aferrarse a las cómodas ideas establecidas! Aparecieron entonces dos buenos amigos; dos buenos guías: Van Gogh y Gauguin. Fueron estos pintores como un puente tendido sobre el abismo. Y con gran encanto pudo ver que al otro extremo del puente esperábala Cézanne, ahora sin misterios.

Una convicción artística junto con entrar al mundo del arte moderno: ¡libertad de expresión! La estética parecía restringirse al exigir plasticidad, mas, por otro lado, se ensanchaba al libertarse de los "modos de hacer" para decirle a cada cual que él mismo es el único "modo".

—Esta lección, agrega Henriette Petit, es la que sigo. Hago investigaciones, simplemente investigaciones; pero con mucha fe. Y es lo que en el Grupo Montparnasse hoy día presento al público: un poco de mi credo artístico; mucho de mis vacilaciones, de mis buenas vacilaciones que me hacen ver que no he muerto con tomar los pinceles... hacer cuadros, dice, el gran cuadro... poco a poco. Ya vendrá. Pues por ahora sólo estoy convencida de cómo no hay que hacer: no todavía de cómo hay que hacer.

De pintores modernos: Vlaminck la seduce y Derain, ¡para qué decirlo! Picasso también, mas no en su época cubista. El cubismo es para Henriette Petit una de las más puras teorías de arte que existan, una escuela cuyas enseñanzas todo pintor debiera conocer de memoria, pero así, como enseñanzas teóricas solamente; no como realización pintada.

—¿Algún recuerdo de París?

—¡Las Academias de Montparnasse!, me responde. Ellas simbolizan para mí el ideal de libertad que exijo del arte. Se juntan en ellas pintores de todos los rincones del mundo y lo que es mil veces más serio, de todas las tendencias pictóricas. Y nadie mira el croquis del vecino, nadie averigua mi crítica. Es esto un ideal. Porque después de todo, ¿quién tiene la verdad? ¿Quién...? Es mejor dejar a todos trabajar en silencio y en paz. Es mejor mirar sólo al modelo y al papel. Así se llegará algún día a mirar en el fondo de una misma. Es todo lo que ambiciono: verme de verdad en mis cuadros. Por eso mismo déjeme usted trabajar que la idea de un artículo sobre mi labor me aterra...

(La Nación, jueves 25 de octubre de 1923, pág. 3)